

4
H. BATAILLE

EL
ESCÁNDALO

BARCELONA

SERVEI D'ACCIÓ CULTURAL
ARXIU D'AUDIOVISUALS DE
GENERALITAT DE CATALUNYA
BIBLIOTECA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EL ESCÁNDALO



Versión cinematográfica de la
célebre novela del inmortal escritor **H. BATAILLE**

interpretada por **MILDA D'AYLEY** y **VANNY MARCOUX**
de la Comédie Française

80

PRESENTACIONES DEL
CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS
(POR CONTRACCION COMERCIAL)



CENTRAL ASKANIA 231 814 - BARCELONA

SELECCIÓN CONSORCIO

R. 4811

85

REFUNDICIÓN ESCRITA EXPRESO PARA
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
por el adaptador literario de películas "RENZO"

J. HORTA, impresor - Girona, 11. - BARCELONA



Prohibida la
reproducción

SUMARIO:

En el Torbellino.

La Caída.

Amor.

La Voz del bien.

La Asechanza.

El "Chantage".

La Visita.

Desconcierto.

Las Garras del Pasado.

El proceso.

En la redacción de "La Voz del Pueblo".

A merced del Destino.

La Vista.

El Escándalo.

El Regreso.

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EDICIONES
DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

GRAN VÍA LAYETANA, 17 - TELÉFONO 4121 A - BARCELONA

EL ESCÁNDALO

LEMA: I

*Los más pequeños errores, la
más leve falta adquiere alarman-
tes proporciones si el escándalo
interviene y las agiganta.*

I

EN EL TORBELLINO

¡Nizal... Los que no han visitado esta ciudad de ensueño, no pueden sentir la menor emoción al pronunciar este nombre... Sin embargo... ¡dice tantas cosas, es tan elocuente para el que conoce este mágico punto de la tierra!

La naturaleza, exuberante y espléndida, cuidada y acariciada, mimada por las manos de artistas exquisitos... La Ciudad, risueña y gentil, asoma como una ninfa graciosa al mar del sol, al Mediterráneo...

Sería la patria de los poetas, si no fuera ya la de los «snobs»... Allí se sueña embriagado continuamente por el perfume que envuelve la villa toda... y cuando se está tan dulcemente mecido por la caricia envolvente... ¡es tan fácil amar!.....

En el *Plastie's-Hotel* reuníase cada noche la nata y flor de la sociedad de elegantes que habita en Niza durante la *saïson*.

No nos entretendremos en describir el lujo de las salas, la riqueza de los adornos, el gusto original de la decoración... Hay muchos hoteles así en el mundo si sólo nos fijamos en la presentación... En cambio, *Plastie's-Hotel* no hay más que uno... Porque está en Niza, porque flota en él un ambiente enloquecedor de poesía, y sus preciados adornos son las mujeres más bellas y halagadas del mundo por los ingenios claros de hombres famosos. Artistas, escritores, políticos, hombres de negocios cuyo oro no sólo les encumbró sino que, dando pruebas de un raro talento, gastáronselo en parte para adquirir una cultura...

De vez en cuando, el más espacioso salón se llena a rebosar... El mayor silencio se apodera del

ambiente... Todos los oídos prestan atención... Y surge, acompañada de nubes de armonía que emana una orquesta casi invisible, una voz varonil y melodiosa que se extiende por la sala arrancando de todos los nervios, corrientes de emoción... Es Carlos



...Es Carlos Artanezzo que canta.

Artanezzo que canta. Nadie sabe cuánto dura la canción... Los instantes, los minutos se suceden con esa fugacidad vertiginosa con que se cuentan nuestros escasos momentos de sensación espiritual extraordinaria.

Cuando termina, un cerrado aplauso unánime,

real, sentido, corona su labor... Y Carlos se inclina con gesto delicado y desciende de su pedestal — íbamos a decir de su altar — para estrechar las manos que acuden a felicitarle con emoción...

Todos los hombres le admiran y aplauden...



„Especialmente Carlota Férioul quedaba como extasiada ante él...

Las mujeres... ¡oh, las mujeres! Especialmente Carlota Férioul quedaba como extasiada ante él.

¿Quién es Carlota Férioul?... Una provinciana acostumbrada a la vida monótona de un pueblo diminuto. La fabulosa fortuna de su esposo le permite visitar Niza... y su alma delicada ha quedado

prontamente embriagada por la poesía del ambiente, por la música sentimental...

Su esposo, Mauricio Férioul, es un fabricante de perfumes en el pueblecito de Magagnose. Es un hombre honrado, noble y leal; pero, completamente embebido en sus negocios, descuida el espíritu de su esposa, no acaricia su alma de mujer que tanto gustaría de languidecer soñando un poco...

— Perdona — dijo Mauricio levantándose y dirigiéndose a su esposa mientras tomaba del brazo a su íntimo amigo Jeannetier — voy a probar con Federico mi fortuna en el Baccarat.

Federico Jeannetier era un hombre entrado en años, íntimo amigo de la familia en donde era considerado casi como un padre. Hombre de muchísimo talento y amplio espíritu, entregaba su afecto y lo recibía a manos llenas de las personas buenas que le rodeaban o trataban.

Carlota estaba siguiendo con la vista a los dos hombres que se alejaban, cuando sintió sobre sus rodillas la impresión de un papel que cae... Era un pliego de música, el cadencioso Vals que acababa de cantar Artanezzo de entre cuyas manos cayó al pasar.

El artista observó el descuido y apresuróse a tomar del suelo lo que acababa de deslizarse... y sus manos se tocaron y la mujer estremecióse.

— ¿Le gusta la música, señora? — preguntó con voz cálida el cantante mientras clavaba sus papi-

las azules en las de su interlocutora. — ¿Sería tan amable de permitirme que le ofrezca este vals?...

Cualquier parisina hubiese estallado en risas burlonas ante el ofrecimiento melancólico y las miradas lánguidas del artista... pero Carlota... Carlota



—¿Le gusta la música, señora?...

sintió que su inocente corazón se agitaba de un modo inefable...

A partir de aquel momento empezó para la romántica provinciana como un sueño delicioso del que parecía no deber despertar jamás. Completamente incapacitada para reflexionar, deslumbrada

por las maravillas que a sus sentidos se ofrecían en la mágica ciudad, la incauta alondra experimentó una encantadora delicia, dejándose mecer por las cantinelas del joven... Pasaron algunos días, se ha-



Arturo... —bailarín... —creo que deberíamos regresar a Niza...

blaron varias veces... y se encontró, sin saber cómo, con que había aceptado una cita con él.

Se encontraron en los alrededores de Niza, donde el paisaje era más pujantemente bello, donde envolvía, cautivaba, avasallaba con mayor fuerza aún.

— ¡Este sitio es maravilloso! — exclamaba Carlota con infantil arrebató.

— Sí — respondió él mirándola profundamente. — Estos cuadros convienen a las almas delicadas, a los seres capaces de vibrar a la menor emoción... invitan a las confidencias... a las confesiones...

Ella se estremeció... Buscó en su derredor como una salida, una huida a la mágica influencia...

— Artanczzo... — balbució... — creo que deberíamos regresar a Niza... es muy tarde.

— ¿Dejarnos va?... ¡tan pronto!... Prométame al menos un paseo para mañana.

Y se lo prometió... y se encontraron a solas muchas veces, y se extasiaron ambos contemplándose, dejándose mecer por la dulzura de una ilusión... bordeando un peligro que no pudo ella sospechar.



— ¡Quéola muel... —

LA CAÍDA

Algunos días después, Carlota regóbase ante el brillo para ella deslumbrante de un romántico soñador... Y acudía a una cita, esta vez peligrosa, sin ver el negro abismo que se abría a sus pies.

— Carlos... — dijo la desventurada temblando de miedo, de emoción — ni yo misma puedo explicarme... cómo he llegado hasta aquí...

El la tomó en sus brazos... Anocheecía... El mar tranquilo extendíase ante su vista grandioso y melancólico...

— Aquellos príncipes — continuó ella cerrando los ojos, hablando tenuemente con entonación de sonámbula — de mis cuentos infantiles, incorpóreos casi, que se llevan a las humildes pastorcillas que les agradan... esto fuiste tú para mí...

— ¡Idolo mío!...

La luna empezaba a esbozar en las puras ondas el argentino ribete de sus fantásticos reflejos... el mar callaba... ¡Poesía, arte, música, palabras cálidas, pintoras de un amor puro, ideal!... ¡La pueblerina dichosa saboreaba el encanto de creerse amada como una santa!

AMOR

Algunos días después, celebrábase el famosísimo carnaval de Niza. Mil automóviles floridos, carrozas grotescas, coches lujosos, apretujábanse, mientras sus ocupantes batallaban entre sí con proyectiles perfumados... rosas, claveles, violetas... Era el «Coso florido».

Carlota ocupaba un automóvil elegantísimo junto con sus hijitos Marta y Riquén, de los cuales tan orgullosa estaba y adoraba con locura. Era completamente dichosa. Su alma mecida por una ilusión era optimista, estaba contenta, alegre, risueña... Tenía a su lado a sus hijos, y frente a ella, en un automóvil, a Carlos Artanezzo, que desde su coche inundaba el sayo de flores delicadas.

No se entretenía en pensar ni en considerar la falsedad de su situación... saboreaba su felicidad. Su espíritu, perfumado por el encanto de una fantasía, vagaba gozoso por los espacios de la quimera... sin descender a observaciones ni comparaciones...

sin calcular el día de mañana, y sólo atento a gozar el presente...

Por la noche, desde la terraza del Hotel, presenciaron los fantásticos fuegos de artificio... Después la nurse se llevó a los niños... y Carlota y Carlos encontráronse bajo las frondas del parque de ensueño.

— Lo que me ocurre — decía ella languideciendo — ni yo misma acierto a explicármelo. — ¿Por qué naciste en un país lejano que siempre admiré?... ¿Por qué sabes hablar tan bien?... ¿Por qué mi esposo no está siempre a mi lado? — terminó, perdiendo con amargura la mirada en un punto indefinido.

Después y siempre como monologuando prosiguió:

— Si tú supieras la vida que llevo en Magagnose... qué sola me encuentro... Mi marido pasa meses enteros lejos de mí... mis hijos en el colegio... ¡Cuántas veces detrás de los cristales de mi ventana, enferma de monotonía... he llorado, ansiando volar hacia horizontes lejanos cuya existencia conocía sin esperanzas de ver jamás...!

Se detuvo unos instantes. Respiró profundamente; después agregó con vehemencia:

— ¡Y no merezco morir de consunción! — y retorciéndose los brazos: — ¡Y, sin embargo, adoro a mis hijos más que nada en el mundo... y quiero a mi esposo con toda mi alma!

Aquel era el grito de la mujer desgraciada con el hombre que ama, no ciertamente el estallido de pasión de la que se encuentra al lado de un amante. Artanezzo lo comprendió así, de modo que, cogiéndola por el brazo, la dijo con cierta violencia y disgusto:

— Confiesa que no es muy agradable para un hombre oír de labios de su amada que quiere a otro... ¡aunque sea su marido!... ¡Y mienos ese fantoche que tuviste la ocurrencia de tomar por esposo!

Pero ella irguióse como herida en lo más vivo gritando:

— ¡Alto ahí, Carlos!... ¡Te prohibo que hables así de Mauricio!... ¡Le quiero y le respeto!

Carlos hizo un gesto de extrañeza; luego encogióse de hombros... Ella estaba muy agitada; su nariz dilatábase al soplo del aire violentamente aspirado por los pulmones... Debatíase como la presa entre las redes del cazador... El amor de su esposo, de sus hijos, clamaba con energía en su corazón... volvía en sí.

— Mañana regresamos a Magagnose — dijo más calmada; — será muy difícil seguir viéndonos... — terminó fríamente.

Artanezzo pareció vacilar un instante... Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, balbució:

— Si te marchas... tendré dificultades para seguirte...

Se detuvo. Parecía no tener fuerzas para pro-

nunciar las palabras que el cerebro le dictaba.

— Debo la nota de mi Hotel — murmuró al fin.

La garganta de Carlota emitió un sonido sordo...



— Debo la nota de mi Hotel — murmuró al fin.

Pero reaccionó y cogiéndole del brazo le interrogó afanosamente con la mirada:

— No quería decírtelo — dijo penosamente y como avergonzado Carlos — ...ayer tuve una mala suerte desconcertante en la ruleta... El judío Herschenn me hizo un préstamo... para salvarme me faltaban 25 lúises más... ¡Me los negó!

Dijo estas palabras fingiendo tan profunda pena, que Carlota cambió seguidamente de expresión, como si la vergonzosa idea que un instante cruzó por su cerebro se hubiera desvanecido...

— Ah, si yo tuviera un brillante como este que tienes tú! — continuó él, señalando una piedra riquísima que lucía Carlota en el dedo. — ...Nada más que para enseñárselo a Herschenn... ¡Me salvaba!

La infeliz cerró los ojos unos instantes. Después, sin decir nada, quitóse el anillo y se lo ofreció, diciendo:

— ¡Válgame Dios, Carlos!... Si este brillante puede serte útil, no tienes más que pedírmelo... Tómalo... tómalo... ahí lo tienes.

Artanezzo pareció reaccionar. Dió un paso hacia atrás gritando:

— ¡No... jamás... eso nunca!... Te quiero demasiado para arriesgar la menor pérdida en tu estima... ¿Qué pensarías de mí?

— No digas tonterías, Carlos... ¿Lo necesitas?... pues tómalo...

— ¡Carlota! — exclamó Artanezzo...

Vaciló un instante... después... la sortija cayó en su mano que tendía vergonzoso como un mendigo...

— Hasta pronto... — murmuró.

Marta habíase quedado dormida en seguida que la nurse depositó su cuerpecito en la cama. Pero Riquín, si bien sumiso y obediente, dejóse desuadar y meter en el lecho... la nurse observó que estaba llorando silenciosamente...

— Riquín... ¿qué tienes?... ¿qué te pasa?...

— Es que... que... yo... yo... quiero dar un beso a mamá — pudo pronunciar al fin estallando en franco llanto — ...antes de dormir... como siempre...

Mauricio, que acababa de entrar y adoraba con locura a sus hijos, sintió toda la deliciosa emoción de la delicada escena.

— Espera un momentito, hijo de mi alma — le dijo. — Voy a buscar a mamá... ¿sabes?... En Niza no es como en Magagnose... Mamá tiene que frecuentar... no puede acostarse casi simultáneamente con vosotros...

Riquín quedó algo tranquilizado y cesó de llorar. Sin embargo, su cuerpecito se agitaba convulsivamente movido por los intensos suspiros que siguen al llanto.

Mauricio salió al parque en busca de Carlota, y grande fué su sorpresa al encontrar a ésta agacha-

da escrutando sobre un *parterre* los más recónditos rincones de un ramaje.

— Carlota... ¿qué te pasa?

— Estoy disgustadísima — repuso ella agitada y atropelladamente — ya había dejado a los niños



— Espera un momentito, hijo de mi alma — le dijo. — Voy a buscar a mamá... ¿sabes?...

en cama, cuando noté que me faltaba la sortija... Hace rato que la busco... inútilmente...

— ¡Oá, no te preocupes por eso, tontinal... Trataré de encontrarla. Entretanto corre tú al lado de Riquín que está desesperado por haber perdido uno de tus besos...

Carlota le miró de un modo indescriptible... Sintió que a su garganta anudábase un dogal de lágrimas mientras sangraba aún su carne a latigazos del desengaño... Voló al lado de su hijito ado-



—Carlota... ¿qué te pasa?

rado... Estrechéle con fuerza... Lloró como nunca había llorado...

Pero sintió un gran alivio en el corazón... A la vista de sus hijos adorados, la madre bendijo su desengaño como un don del cielo que la había salvado al borde del abismo, conservándola digna de ellos... digna de sí misma!

LA ASECHANZA

En Magagnose, donde habían regresado después de la breve temporada pasada en Niza, Mauricio hallábase en su elemento y también Carlota. Ahora comprendía que lo que tanto la *aburría* era sencillo, bello, delicioso... Mientras que lo que *deslumbróla*... ¡era tan falso!

Tranquilizábase paulatinamente, pero sentía todo el peso de su educación, de sus principios...

Una de las distracciones predilectas de Mauricio consistía en corretear por el jardín con sus hijitos... Le subían sobre la espalda, se ponía en el suelo de pies y manos mientras Riquín montaba sobre su cintura y Marta le agarraba por las mejillas como de una brida... Carlota, desde su ventana, contemplaba el admirable cuadro y un hondo pesar acongojaba su corazón... Aunque pura y salva, sentía que su acrisolada honradez la condenaba por el breve desvío de la imaginación. ¡Oh, cómo adoraba a su esposo, a los hijos de sus entrañas!... ¡Cuánto

importancia que cualquier parisina hubiese declarado sin rubor.

Un rayo que hubiera caído a las plantas de la desventurada no le hubiera causado mayor espanto...

— ¡Qué miserable!... — gritó desde lo más hondo de su corazón...

EL «CHANTAGE»

Conocemos a Mauricio, a su esposa, a sus hijitos... Nos falta aún un importante miembro de la familia: la madre de Mauricio.

Altiva y orgullosa, la señora de Périoul es una mujer que adora a su hijo, pero que no habiendo salido nunca de Magagnose está educada y vive según los principios que fueron orgullo y prez de nuestras abuelas.

Vive encerrada en sí misma. Idolatra a su hijo Mauricio, de quien se siente además orgullosa por sus fabulosos éxitos comerciales y políticos. Sus nietecitos son su punto flaco... Por lo que a Carlota se refiere, la profesa una discreta antipatía por cuanto aquélla no participa de los entusiasmos de su esposo, no disfruta con él, no es más que su esposa... no es su amante.

Por si ello fuera poco, ha notado al regresar los esposos y sus hijos de Niza, cierta extraña nervio-

sidad en su nuera... y sospecha... y la acecha, y la espía...

— Me aflige grandemente ver que tu esposa no participa de tus alegrías... de tus entusiasmos — declaró por fin cierta tarde abiertamente a su hijo que se encontraba a su lado haciéndole compañía.

— Carlota se ha divertido mucho en Niza — arguyó Mauricio — ...es natural que experimente cierta añoranza ahora... Cree que siento sinceramente no poderla ofrecer de continuo una vida más alegre que la de este pueblecito!

— Tu reciente candidatura para las próximas elecciones debiera enloquecerla si te amase aún...

— ¡Oh, mis éxitos políticos no tienen importancia alguna!... Tú no sabes la impresión que puede producir Niza a un alma pueblerina...

— Me temo, hijo mío, que en Niza se habrá divertido demasiado...

— Realmente no tengo derecho a enterrar en vida a una mujer joven que como tal gusta del brillo de la sociedad... Sólo temo por su salud... Por cierto que quisiera que Jeannetier la viera...

Su madre le miró de un modo angustioso. Veía que aquel hijo de sus entrañas amaba a su mujer abnegadamente... En cambio ella sospechaba que no era digna de tanto afecto...

A la siguiente mañana Mauricio recibía esta carta:

«Muy señor mío:

«Deseo hacerle una importante manifestación que a ambos interesa.

«Puede usted recibirme esta tarde a las tres?

«De Vd. atto. y s. s. q. r. s. m.

«Carlos Artanezzo.»

Se encontraba toda la familia en el jardín. La madre de Mauricio hallábase ocupada en sus labores; Carlota jugueteaba con los niños...

— Artanezzo... Artanezzo... — murmuró Mauricio alargando la carta que acababa de recibir a su esposa. — Este nombre no me es del todo desconocido... Pero no recuerdo exactamente... En fin, veremos... será algún viajante sin duda!

En un instante recorrió Carlota las breves líneas de la carta y fácilmente puede suponerse el efecto que le produjeron.

¡Cómo! ¡Artanezzo había podido osar!...

El «chantage» estaba bien claro y manifiesto... ¡Miserable!

Quedó temblorosa, demudada, y, dominando a duras penas la vacilación de su voz, pudo articular con ciertas apariencias de serenidad:

— A lo mejor es algún importuno, Mauricio... Te hará perder el tiempo... Eres demasiado condescendiente en otorgar entrevistas a personas que no conoces... No deberías recibirle.

Su esposo la miró con extrañeza. Carlota continuó:

—Precisamente pensaba salir esta tarde de paseo contigo... Sí... eso es; de paseo... para disipar una jaqueca horrible que me aqueja desde hace unos días.



Su esposo la miró con extrañeza.

— Ya comprenderás que en modo alguno puedo dejar de recibir a este caballero, Carlota. Puede muy bien ser un importuno, pero también es posible que me interese lo que tenga que decirme.

Carlota estaba como loca. Buscaba en su imaginación la excusa más o menos verosímil que im-

pidiera aquella entrevista que forzosamente había de perderla...

Durante el almuerzo no pudo probar bocado. Eran la una, las dos, las dos y media... Artanezzo iba a venir de un momento a otro... ¡Dios mío!... ¿qué será de mí? — pensaba la infeliz.

— Pero ¡por Dios, Carlota! — exclamó cien veces el amante esposo. — ¿Cómo es que no comes? Tú pierdes el apetito, es preciso que te pongas en manos de un médico.

Cuanto mayor interés demostraba el esposo, tanta mayor solicitud denotaba, más y más sufría Carlota, que veía el próximo derrumbamiento de todo aquel bienestar en momentos barto breves... ¡Y siendo inocente!...

De pronto se levantó. Parecía haber encontrado la idea salvadora.

Corrió hacia la cocina y llamó a Luisa, su camarera.

— Oye — le dijo agitadamente — vas a entrar precipitadamente en el comedor y anuncias que Manicou, el fiel colono, se ha roto repentinamente una pierna...

No dijo más. Parecía no reflexionar... Se marchó seguidamente. ¿Cómo habíase podido ocurrir el mezclar en sus asuntos la complicidad de una sirvienta?

No podía pensar nada... estaba fuera de sí por la inminencia, lo inesperado del peligro.

Luisa, en efecto, quedó perpleja, y le faltó tiempo para ir a comentar con el criado:

— Cualquiera entiende estos llos... La señora me ha mandado anunciar violentamente que uno de los colonos ha sido víctima de un accidente... ¿Por qué hacerme mentir?

— ¡Ah, los señoritos!... — sentenció filosóficamente el sirviente.

Poco después irrumpía en el comedor Luisa, con las manos en la cabeza, interpretando a las mil maravillas el papel que se le había encomendado...

— ¡Ay, señoritos, qué horrible desgracia — gritó. — ¡Manicou se ha roto una pierna trabajando en la finca!

Todos se levantaron. Cada cual preguntaba y la sirvienta velase con cierta pena para contestar...

— ¡Caramba, sí que lo siento! — dijo Mauricio. — No puedo ir a verle... Tengo esta cita a las tres... Luisa se había retirado.

Carlota, al oír las palabras de Mauricio, exclamó: — Pero, por Dios... ¿cómo puedes vacilar!... ¡Pobre Manicou!... Debes ir a visitarle inmediatamente... ¿Es tu más adicto colono!

— Imposible, Carlota; no puedo salir. Espero también de un momento a otro al sub-prefecto para la cuestión de las elecciones...

Ella se mordió los labios, y miraba en su derredor como quien busca una salida que no ha de en-

contrar... Después de algunos minutos de silencio, la madre de Mauricio intervino diciendo:

— No te apures hijo mío... Yo iré a ver a Manicou y le anunciaré tu visita para más tarde.



— ¡Mauricio! Si fueras bueno... si me quisieras mucho... dejarías tus visitas para acompañarme...

Quedó aceptado... Carlota sintió que un abismo se abría a sus pies... Y entretanto el reloj marcaba con una rapidez vertiginosa los segundos, los minutos... ¡No faltaba ni un cuarto de cuadrante para que las agujas marcaran las tres!...

Cuanto más apreciaba la premura del tiempo,

tanto mayor era el extravío de Carlota... y así iba cayendo de torpeza en torpeza, en busca de la inverosímil solución que impidiera la entrevista cuya inminencia era tan manifiesta e irrecusable.

Habían entrado en el salón de té. El reloj marcaba las tres menos diez minutos.

Carlota se colgó al cuello de su esposo suplicando:

— Mauricio! si fueras bueno... si me quisieras mucho... dejarías tus visitas para acompañarme...

— Niña — le dijo él con afable entonación, — eres una niña... Oye: vas a pasar este ratito... poniendo en orden tus libros de cuentas, por ejemplo. Yo recibo mis visitas, y después salimos ¿eh?

La desventurada creyó haber encontrado lo que con tanto afán buscaba; así dijole con cierta precipitación:

— Está bien. No quiero insistir. ¿Sabes lo que vamos a hacer?... Mira... Tú te encierras en tu despacho, y repasas mis libros. Yo me equivoco siempre en las sumas... ¡Y cuando venga alguien, ya te avisaré!

Mauricio accedió al capricho de su esposa, y tomando sus libretas encaminóse hacia su despacho. Las tres estaban dando en el reloj. No bien hubo franqueado el umbral de su gabinete de trabajo, sonó con violencia el timbre de la puerta de la calle. Carlota perdió por completo todo dominio sobre sí, y sin meditar sus actos dió vuelta a la llave del despacho de su esposo, encerrándole dentro.

— Carlota... ¿qué es esto? — preguntó Mauricio.
— Basta ya de bromas. ¡Abre!

— El señor Jeannetier — anunció una sirvienta entrando.

Carlota respiró... Su cabeza daba vueltas, ame-



...y sin meditar sus actos dió vuelta a la llave del despacho de su esposo, encerrándole dentro,

nazaba estallar; la razón parecía querer extraviarse... Mauricio golpeaba fuertemente en la puerta... Corrió a abrirle.

— Perdona — le dijo con voz temblorosa, — lo hice maquinalmente... Estaba pensando en otra cosa y di la vuelta a la llave sin notarlo.

En aquel instante entraba con los brazos abiertos el buen Jeannetier.

— ¡Hola, queridos amigos! — exclamó iniciando un abrazo gigantesco. — Si molesto a los enamorados — añadió sonriendo, — me retiro seguidamente...

— Al contrario — dijo Mauricio estrechándole la mano con efusión. — Estoy contentísimo de verte. Precisamente quería encomendarte que cuides a mi Carlota, que presa de sus nervios destruye ella misma su salud...

— No, no es nada — arguyó ella; — atravieso sin duda una temporada de debilidad nerviosa. Ello me pasará al poco tiempo de vivir la existencia tranquila a que estoy habituada.

La conversación versó sobre cosas triviales y sin importancia. Carlota no hacía más que mirar ansiosamente el reloj... Artanezzo podía llegar de un momento a otro, armado con sus cartas para realizar el chantaje más vergonzoso y antipático...

— Carlota, ven acá — dijo Mauricio a su esposa al observar, sin acertar a explicarse la causa, la aguda nerviosidad de ésta. — Aunque Jeannetier esté delante, puedes sentarte aquí... sobre mis rodillas...

— Pues no faltaba más — subrayó éste.

Carlota acudió presurosamente a la caricia del esposo. Recibió en sus ardientes mejillas, con fru-

ción, un tierno beso... Entonces consideró a Mauricio con mirada intensa, tomó su noble cabeza entre sus manos temblorosas, penetró hasta lo más hondo de sus pupilas... acercó sus labios a los suyos



— Mauricio mío... no te burles... Hay ciertos instantes en la vida en que se siente la ineludible necesidad de dar en un beso toda el alma al hombre amado...

y le besó como hacía muchísimo tiempo no le había besado... Después le dijo emocionada:

— Mauricio mío... no te burles... Hay ciertos instantes en la vida en que se siente la ineludible necesidad de dar en un beso toda el alma al hombre

amado... ¡Quisiera que no olvidaras nunca este beso de ahora!

— Niña... encantadora niña — comentó ufano Mauricio estrechándola entre sus brazos. — Anda, Carlota — continuó, — hoy que estás deliciosa... ejecútanos algún trozo de música. Nos deleitarás y tú calmarás tus nervios inexplicablemente excitados.

Los dos se levantaron y acercáronse al rico piano de cola que adornaba el salón... Mauricio folleteó entre las diversas piezas, y extrajo un cuaderno...

— Este vals es lo que más me gusta — dijo presentándoselo a Carlota.

¡Era el vals que la regaló Artanezzo!

LA VISITA

Carlota había tratado de ocultar el efecto que le produjo la petición de su esposo de que ejecutara al piano precisamente la pieza de música que le regaló Artanezzo... Sentóse ante el piano, y con la mirada perdida en el infinito empezó a deslizar sus manos, blancas como las de un muerto, por encima de las teclas, arraucándoles, al aplastarlas; torrentes de armonía.

De pronto volvió a sonar el timbre de la puerta principal. Carlota sintió que se le paralizaba el corazón y suspendió repentinamente la música...

No tardó en entrar la sirvienta diciendo:

— El señor Carlos Artanezzo.

— ¡Ah! — exclamó Mauricio. — Que pase.

Carlota sentíase desfallecer. Unos segundos después entraba en la habitación el que había anunciado la audaz visita.

Estaba palidísimo; sus facciones, ligeramente alteradas. Parecía haber envejecido diez años...

El brillo de sus ojos, apagado. Sin duda había sufrido enormemente.

— ¡Ah! — dijo Férioul en cuanto lo vió. — Le reconozco... Ahora recuerdo haberle visto varias veces.



— El señor Carlos Artnerzo.

Y le tendió francamente la mano. Después, mostrándolo a su esposa, continuó:

— ¡Le recuerdas, Carlota?... En Niza nos encontramos varias veces con él.

Carlos y Carlota se saludaron; sus manos estaban heladas. Ella a duras penas podía sostenerse en pie;

él experimentaba en todo el cuerpo un temblor convulso que con enorme dificultad conseguía disimular.

Mauricio se lo llevó hacia el despacho... Carlota quedó contemplando la puerta que acababa de cerrarse tras de ellos... De pronto dió media vuelta y, dirigiéndose bruscamente hacia Jeannetier que la miraba extrañado, prorrumpió en sollozos que agitaban enérgicamente su cuerpo...

— Carlota, por Dios ¿qué es esto?

— Jeannetier... mi bueno, mi único amigo... Si usted supiera...

— Hable... se lo suplico... Confíe en mí como con un padre... con más confianza si es posible...

— ¡Sí!... no puedo contener ya... ¡Federico, mi buen amigo... necesito apoyo... consejo!...

— Explíquese...

— Este hombre que acaba de entrar, supo pintarme tan bien los colores de un amor puro, sufrido, ideal... que unos instantes pensé como él,

— ¡Cómo!

— Sí, amigo mío... es terrible... terrible... Pero tal es la verdad...

— Lo que me cuenta es enorme... pero veamos... cálmese, deme el mayor número de detalles.

— Pero bien pronto vino el desencanto más cruel a salvar mi honor... Y hoy debo felicitarme de haber escapado a un horrendo peligro... pero ya había tenido la debilidad de escribirle algunas

cartas... y con ellas intenta ahora el más odioso ochantago.

Y la desventurada estalló en franco llanto.

— Carlota... no debe afligirse de este modo... Ya que salió incólume del peligro, sólo debemos ahora preocuparnos de cortar los tentáculos de este desaprensivo.

— Pero, es que estoy seriamente comprometida... Figúrese que dió mi nombre, según parece, a un usurero poco escrupuloso... Hace algunos días recibí esta carta.

Y, encaminándose a su *secrétaire*, extrajo un papel que tendió a Federico, el cual leyó con avidez:

«...Necesito, pues, saber, señora, si reconoce usted como suyos los préstamos que me ha solicitado en su nombre el señor Carlos Artanezzo.

«De Vd. atto. y s. a. q. b. s. p.

Herschenn.

— ¿Recuerda usted aquella noche? — continuó Carlota dispuesta a confesarlo todo. — ¿Aquel diamante que fingí haber perdido?... ¡Él lo empeñó!

— Y usted ¿qué ha contestado a esta carta?

— Ahí viene lo horrible. Imagínese que no quise ver nunca más a Artanezzo, y desde luego dejé sin contestar esta carta del osado prestamista... Pero Artanezzo me escribió a su vez pidiéndome una entrevista que le negué obstinadamente. Hasta que me ha amenazado con venir... trayendo consigo

las cartas que tuve la debilidad de escribirle... y ahí lo tiene usted, en este instante, hablando con mi esposo... ¡destruyendo mi tranquilidad y mi vida!

— Ha hecho bien en confiar en mí, Carlota



— Ha hecho bien en confiar en mí Carlota.

— dijo Federico después de haber reflexionado breves instantes y como si hubiera encontrado una solución satisfactoria y salvadora. — Ahora mismo voy a ver a mi íntimo amigo el jefe de policía... Él nos librará de este trovador.

— ¡Demasiado tarde!... ¿Qué me importa per-

derle, si en este instante me está ya perdiendo a mí?

— Sin embargo...

— Cuando la puerta del despacho se abra — dijo Carlota con expresión terrible — todo habrá terminado para mí... habré ya dejado de existir... ¡No podría soportar nunca ni la más leve sospecha de Mauricio... de mi querido Mauriciol!

— ¡Carlota! — gritó Jeannetier agitándola como una niña por los brazos. — ¡Si no quiere usted que la abandone desde este instante... júreme... por Mauricio, por sus hijos, que tendrá la paciencia de esperar mi regreso!...

Carlota le miró con ojos extraviados... y asintió.

Jeannetier tomó nerviosamente su sombrero, y un instante después hallábase instalado en su automóvil, que partió como un rayo.

DESCONCIERTO

Mauricio salió, junto con Carlos, de su despacho. El primero parecía preocupadísimo. El segundo pasó por delante de Carlota casi sin mirarla; se inclinó levemente ante ella y salió...

— Es verdaderamente extraordinario... ¡Sencillamente extraordinario! — dijo Mauricio tras de algunos instantes de reflexión, apoyándose al borde de una mesita.

Carlota le miró con ojos enormes... ¡Lo sabía todo!... Y acercóse a él... y tomóle las manos en ademán de súplica... Sus labios temblorosos estaban a punto de pronunciar la palabra «perdón», cuando Mauricio volvió a hablar:

— Parece mentira que puedan decirse cosas semejantes...

— ¡Mauricio mío!...

— Figúrate — continuó él, casi sin mirarla, tan preocupado estaba — que este individuo acaba

de ofrecerme éter, petróleo y sulfuro de carbono a la mitad de los precios de costumbre.

Carlota creyó caer desvanecida... y suspiró de un modo indescriptible... Pero ¿cómo era posible?... ¿Qué se había propuesto Artanezzo?...



Mauricio salió, junto con Carlos, de su despacho.

Mauricio le tomó las manos.

— ¡Carlota, tienes las manos heladas!... Válgame Dios; esos nervios... esos nervios... Ea, ahora vamos a dar el paseo que deseabas. El sub-prefecto, si viene, ya volverá.

— Gracias, Mauricio—dijo Carlota.—No podría

dar un paso... las piernas me flaquean; — quería, necesitaba estar sola. — No tengo ya deseos de salir. — continuó diciendo.

— Te lo dije y te lo repito. Eres una niña. Bueno, no quiero insistir. Si tú no quieres salir, lo haré yo solo; aprovecharé la ocasión de visitar a mi amigo el alcalde.

V, despidiéndose de su esposa, salió.

Carlota creía volverse loca. Se sintió sofocada, falta de aire... Salió al parque... De pronto lanzó un grito:

— ¡Carlos!

— Sí, yo... señora; necesitaba hablarle a toda costa... Interesa tanto a usted como a mí lo que debo decirle...

Carlota le miró fijamente. Sus ojos lanzaban llamas... ¡Oh, cómo le odiaba en aquel instante!

— ¡Miserable! — le escupió en el rostro. — ¡Nada hay tan repugnante como el acercarse a una mujer honrada con palabras mentidas para sacarle dinero!

— Concibo perfectamente que se haya formado esa pésima opinión de mí — dijo Carlos con la entonación más correcta y respetuosa. — Pero puedo certificarle, señora... que no soy lo que usted se figura... [Se lo juro]

Carlota no respondió. Sin embargo, Carlos hablaba con tal entereza, su voz era tan segura, tan convincente su gesto sobrio, que escuchó con ansia lo que disponíase a decir;

— Temió usted sin duda el cobarde, el asqueroso chantage... ¡claro!... Pero yo voy a demostrarle que nada debe temer de mí... Comprendo que lo recela todo de un ser como yo... Sin embargo, la



— Daría mi vida para no recordarlo nunca...

amé intensa, locamente, desde la primera vez que la vi...

— Amarme...

— Yo la quise como una imagen... Usted sabe mejor que nadie que la respeté como una santa... El destino ha sido conmigo muy cruel...

— Daría mi vida para no recordarlo nunca...

— Artista y soñador... creí ser digno de amar a una mujer como un antiguo caballero vivía por su dama imposible... con un amor que es el único que no puede sufrir desengaños ni ser víctima del hastío.

— ¡Oh, no sigal! Sé desgraciadamente la historia mejor que usted...

— Harto comprendo que es ridículo seguir hablando como lo hice ya una vez. Abreviemos, señora; los acontecimientos me cercaron, fui un miserable, empecé su sortija... Recurrí al usurero Herschenn en nombre de usted... Este mismo que ha osado escribirle!

— Sin embargo... la amenaza de entregar mis cartas...

— He venido para entregárselas a usted.

— ¿Cómo!

— Sí... usted no quería verme, y yo necesitaba hablarle. Por eso concebí la excusa de dirigirme a su esposo proponiéndole un negocio ridículo. El objeto de mi entrevista con usted no era otro que pedirle perdón, devolverle sus cartas y jurarle del modo más rotundo y categórico que no debe usted temer nada de los que me acechan y persiguen. Su nombre, que venero, no se verá nunca maculado ni mezclado en proceso alguno... Tenga la seguridad completa de que aunque Herschenn me llevara a los tribunales, en toda ocasión, en todo momento, negaría incluso ni el haberla conocido...

Carlota le miró de un modo indescriptible. Carlos le alargó sus cartas, que ella tomó con mano trémula...

— Y ahora, perdón — dijo Artanezzo profundamente — perdón... Viviré mi vida miserable de aventurero... He querido tan sólo que usted pudiera seguir sin zozobra su vida honrada de siempre, de amante esposa y madre sublime.

É inclinándose respetuosamente como el culpable que reconoce su culpa, sin insistir, sin intentar sacar provecho de su noble situación, se alejó rápidamente.

Carlota quedó unos instantes petrificada. Luego empezó a andar como una sonámbula.

* * *

— ¡Va lo dije! — exclamó frotándose las manos Federico Jeannetier no bien encontráse nuevamente ante Carlota, pocos minutos después de haber salido Carlos Artanezzo. — El jefe de Policía se ha puesto a mis órdenes incondicionalmente... Hoy el «cantore» ese dormirá ya en la cárcel.

— ¡En la cárcel!

— Pues claro. Van a detenerle seguidamente...

— ¡Oh, no! — gritó Carlota con vehemencia.

— Debemos impedirlo... Nos hemos precipitado; no existe el «chantage» que suponíamos...

Y las emociones sufridas habían sido tan fuertes, que la desventurada, tambaleándose, salió sollozando convulsivamente de la estancia sin pronunciar palabra...

Y Jeannetier quedóse mirándola perplejo, mientras rascábase el mento presa del mayor desconcierto y extrañeza.

Pasaron algunos días, Jeannetier había conseguido detener la acción de su denuncia... Carlota poco a poco recobró la calma y la confianza.

Mauricio estaba atareadísimo con sus elecciones. Permanecía muy poco tiempo en casa. Casi puede decirse que sólo comía y dormía en ella. Carlota, dado su estado de ánimo, sufría enormemente de aquellas ausencias. Hubiera querido permanecer siempre al lado de su esposo...

— Mauricio, por Dios — le decía — nos abandonas siempre... Maldigo ya estas elecciones, que no te dejan ni un momento libre para tus hijos... para tu mujer.

— Tontina — respondía él, — pero ¿acaso no te ufanas también tú de ser la esposa de un diputado?...

— Prefiero el marido al diputado...

— Mira — cerraba él afectuosamente, — para

compensarte de mis ausencias... voy a fabricarte un perfume especial para ti sola.

Y se besaban y Mauricio se marchaba, y ella quedaba mirándose amorosamente como en los momentos de mayor cariño...

Cierta tarde en que Carlota parecía más alegre que de costumbre, porque la llaga del recuerdo iba cicatrizándose en ella paulatina pero seguramente, hallábase ante su tocador arreglando su abundante cabellera de oro, cuando entró en la íntima estancia la sirvienta anunciando:

— Señorita, un caballero desea hablar con usted.

— ¿Conmigo?

— Sí, señorita.

— No habrá entendido bien... Dígame que el señorito no está en casa.

— Ese caballero ha insistido muy especialmente en que deseaba ver a la señorita.

— ¡Ah! Qué tonta; ahora caigo: será Jeannetier — dijo levantándose sonriente.

— No es el señor Jeannetier; es un hombre que no ha estado nunca en esta casa.

Sin saber por qué, Carlota sintió que en sus rodillas le ponían una argolla de hierro... Arreglóse el pelo e hizo un signo a la criada para que se alejase.

En el salón la esperaba un individuo, perfecto tipo de burócrata. Llevaba bajo el brazo la cartera, una gruesa cartera, de la que extrajo un papel,

levantándose no bien apareció Carlota en la estancia.

— ¿La señora Carlota Férioul?

— La misma... ¿Qué desea usted de mí?

— Debo entregarle esta citación;—y eso diciendo le alargó el papel que había tomado de su voluminosa cartera.

Carlota le miró unos segundos, extrañada. Y recorrió rápidamente con la vista el pliego que se le ofrecía:

*Tribunal del Sena
Paris*

CITACION

La señora Carlota Férioul deberá presentarse para declarar como testigo en la vista que contra Carlos Artanezzo se celebrará el día 8 de abril de 1924, a las 11.

Carlota quedó anonadada como si la garra espantosa de un monstruo, el monstruo del pasado, hubiera hecho presa en ella... Curvó la cabeza, dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo...

— Enterada — dijo con voz débil al empleado que permanecía respetuosamente en pie, — puede usted retirarse...

Cuando quedó sola, sintió que a sus ojos fluían torrentes de lágrimas; llevóse las manos al rostro y

cayó sobre un sillón agitada por intensos sollozos... ¡El pasado, el horrible pasado, que ella creía borrado para siempre del lienzo de su existencia, resurgía espantoso con tintes más enérgicos que nunca!

¿Cómo Artanezzo, que le había prometido no mezclar su nombre en ningún asunto escandaloso, faltaba tan villanamente a la palabra?

Su cabeza hervía, su cerebro negábase a coordinar ideas, a pensar...

De pronto levantóse como movida por un resorte y corrió hacia el teléfono...

— ¡Oiga!... ¡oiga!... — dijo en cuanto hubo obtenido la ansiada comunicación. — El señor Jean-netier?

—

— Estoy desesperada... acabo de recibir una citación del Tribunal de Paris.

—

— Sí, una citación para declarar como testigo.

—

— En una causa que según parece se sigue contra Carlos Artanezzo... ¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

—

— Venga en seguida... se lo suplico... Mauricio está ausente... Gracias, no tarde... yo me vuelvo loca... ¡Sálvemel...

Y cayó anonadada sobre un sillón, donde quedó como hipnotizada, clavados los ojos en un punto indefinido.

* * *

La madre de Mauricio decididamente sospechaba algo. Cuando acudió a casa de Manicon, el colono, y pudo convencerse de la farsa que Carlota había representado, concibió seguidamente la duda punzante y mordaz que sólo pueden idear las mujeres contra ellas mismas.

Sin embargo, para no disgustar a su queridísimo hijo, había determinado guardar silencio, pero estaba completamente decidida a ejercer sobre Carlota una vigilancia, mejor dicho, una observación minuciosa.

Notó, naturalmente con cierta extrañeza, las visitas, los cuchicheos, la intimidad que reinaba entre su nuera y Jeannetier. Desde luego, conociendo como conocía desde hacía tanto tiempo a Jeannetier, el amigo que ya fué de su difunto esposo, no sospechó directamente de él, pero, sabedora del gran afecto paternal que profesaba a Carlota, creyó sinceramente que el antiguo amigo había tenido la debilidad de constituirse, por afecto a ésta, en galeno de sus extravíos.

Hallábanse la señora Férioul y Carlota sentadas en un banco, debajo la sombra de un enorme tilo,

ocupadas la primera en leer un libro y la segunda atareada con una labor interminable.

— El señor Jeannetier — anunció una sirvienta acercándose a ellas.

Carlota se levantó como movida por un resorte. La señora Férioul clavó en ella de un modo escrutador su mirada, seca, punzante. Pero nada dijo.

Sin el menor comentario, presenció como su nuera se retiraba con más precipitación de la que la prudencia aconsejaba a quien en este mundo tiene la enorme desgracia de verse en la necesidad de disimular.

Jeannetier tomó las manos de Carlota. Esta le interrogó angustiosamente con ojos suplicantes...

— Es absolutamente imposible substraerse a esa citación — dijo el paternal amigo. — La no comparecencia sería mucho peor. Pero el presidente de este tribunal es amigo mío, y espero obtener la mayor reserva alrededor de su nombre evitando que la prensa le dé publicidad.

— Pero... ¿por qué se me manda a buscar? — exclamó la desventurada — ...No quiero suponer que Artanezzo...

— Puede ser el acusador quien haya mentado su nombre... El Tribunal es quien la cita... y lo repito, no hay modo de faltar a ella. La ley es terminante.

— Pero eso es horrible — desesperábase Carlota, — monstruoso... ¿Cómo puede la ley obligar

a una madre de familia a que se ausente de su casa, provocando un escándalo en su hogar?

— Las leyes no se han hecho para labrar el bien de los individuos, sino el de la sociedad.

— Dios mío, me vuelvo loca... Mi marido... mis hijos!... Pero si soy inocente!

•••

Mauricio Férion! había comenzado su campaña activa electoral. Acompañado de su fiel secretario recorría en automóvil la comarca, deteniéndose en cada pueblo, en cada aldea.

Su acompañante era el encargado de pronunciar los discursos de presentación. El futuro diputado permanecía arrinconado en su coche como quien sufre en su modestia por los halagos prodigados.

Había tocado el turno al pueblo de Magagnose, residencia habitual del candidato. Naturalmente, su llegada en viaje de elecciones había causado una expectación enorme. El pueblo en masa puede decirse que había acudido a rodear el automóvil del ídolo político.

— Al candidato — gritaba el secretario con voz estentórea, de pie en el automóvil y dirigiéndose a la muchedumbre incontable — ya le conocéis. Es

hijo de sus obras. Su vida ejemplar, su hogar es un santuario donde moran la honradez y las buenas costumbres...

Una salva de aplausos le interrumpió.

— ...su familia — continuó el orador — es un



El público numerosísimo estallaba en vítores entusiasmados.

grupo de almas purísimas, limpias de toda mancha... Nadie más digno de representaros en el Parlamento... ¡El será en la Cámara el portavoz de los intereses de los buenos, de los obreros, de los honrados!...

El público numerosísimo estallaba en vítores

entusiasmados. Decididamente el triunfo del simpático candidato podía darse por descontado.

Mientras Mauricio continuaba su triunfal campaña, naturalmente, sus enemigos políticos trataban de perjudicarlo a toda costa, aun empleando las más villanas armas.

EN LA REDACCIÓN DE «LA VOZ DEL PUEBLO»

El diariucho de este nombre que aparecía en Magagnose, era el órgano del partido opuesto al de Mauricio Périoul. Su director y redactores, una serie de aventureros capturados en cualquier parte, estaban desesperados viendo la brillante carrera de su adversario.

— Este individuo que se presenta como el prototipo del hombre hourado — decía cierta tarde el redactor jefe a sus subordinados — forzosamente debe tener en su presente o su pasado el punto negro que suele tener la vida de todos los hombres. Si lo encontramos, estamos salvados.

— No creo que Périoul haya hecho nunca nada susceptible de echársele en cara en una lucha política — repuso uno de ellos.

— Hay que buscarlo a toda costa y, si no existe, forjarlo con ciertas probabilidades de verosimilitud.

— Si no en su vida misma — arguyó un tercero

— puede ser que la conducta de las personas que componen su familia no sea tan ejemplar como pretende situarse como jefe de un hogar perfecto... ¡Sin duda para hacerse agradable a los burgueses de la clase media!

— Tienes razón. En todo caso, en cualquier punto de su existencia hay que zaherirle, encontrar el punto de partida para poder organizar una campaña demoledora...

Y un grupo de hombres empezó a dedicarse desde aquel momento a hurgar en la vida íntima del enemigo político que querían destruir.

A MERCED DEL DESTINO

Como de costumbre, la anciana señora Férioul y Carlota, sentadas en el mismo banco del parque, entregábanse cada una a sus habituales pasatiempos, la lectura y las labores.

De pronto, la madre de Mauricio, dirigiéndose a Carlota, recitó en voz alta un párrafo que había encontrado en su libro:

— «Una esposa buena y leal no debe poner nunca un freno a las ambiciones de su marido.»

• — ¡Oh, mamá! ¿Por qué me lee usted eso en voz alta?

— Por si puede encerrar para ti algún aviso... alguna lección.

— ¡Pero yo no pongo freno de ninguna clase a las nobles ambiciones de Mauricio.

— ¿Cómo entiendes que una mujer puede contrarrestar los entusiasmos de su esposo?

— No sé... contrariándole... oponiéndose a ellos...

— Por tal camino una mujer no obtendría jamás ningún resultado.

— Entonces...

— El no adherirse, no interesarse a sus planes, a sus proyectos, a sus sueños... el echarle en cara el abandono en que nos tiene a causa de sus ocupaciones... ¡Pese...! ¡ese es el pernicioso camino que sigue la mujer que no está completamente amalgamada con su esposo!...

— Mamá, por Dios... ¡Es que yo quisiera que estuviera siempre a mi lado... que no viviera más que para mí!...

— ¿Para qué?... ¿Para que se cansara de ti a los pocos meses?... Tú no sabes lo que es la vida. El hombre gusta de encontrar en su mujer a un ser que se entusiasme con él, que comparta sus ambiciones, sus anhelos, sus entusiasmos... Después requiere la libertad más absoluta... y su supremo encanto estriba en volver al hogar, triunfante o derrotado, pero siempre fatigado por la ruda lucha, y encontrar en él los amorosos brazos de la esposa que le reciben entusiasmados, justificando su fracaso o enlazando y mostrándose orgullosa como el que más por sus triunfos...

— El señor Jeannetier — interrumpió una sirvienta que vino corriendo de la casa — desea hablar con la señora Carlota.

Carlota sintió que un sudor frío inundaba sú-

bitamente su cuerpo. La señora Férion! la taladró con la mirada...

Pocos minutos después Jeannetier hallábase frente a la esposa de su fiel amigo.

— Como temía — le dijo descorazonado. — Imposible revocar la citación... He estado en París, he visto a mis amigos. A pesar de toda su buena voluntad, no ha sido posible obtenerlo... Pero he conseguido la formal promesa de rodear su nombre del mayor silencio y discreción.

— ¡Santo Dios, qué castigo! — exclamó Carlota. — Me veo atada al destino de un hombre que... ¡es cierto... no debí ni escuchar jamás!

— Por fortuna, sólo debe usted sufrir el escándalo de los hombres... ¡El de su conciencia hubiera sido mucho más horrendo de soportar!... ¿Y qué piensa usted hacer para que Mauricio no sospeche?

— He ido preparando el terreno... He podido conseguir que Mauricio crea que me veo en la precisión de ir a París para visitar a mi madre enferma...

— Está bien.

— ¡Qué horror... mentir... mentir siempre con el hombre que amo!

V la infeliz estalló en sollozos. La penitencia que sufría era tal, que bien podía considerarse asaz castigada. Desde hacía algún tiempo no vivía; su existencia era una continua zozobra, un ininterrumpido

malestar. Su salud se resentía visiblemente, sus nervios estaban completamente estropeados...

— Carlota — dijo Federico acercándose bondadosamente hacia ella. — No desmaye...

— Ir a París... sola...

— Cuente usted conmigo... ¡Yo la acompañaré!

Entretanto, Mauricio acababa de entrar en la finca, y corriendo por el jardín encaminábase alegremente hacia el punto en donde sabía que hallábanse de costumbre reunidas las dos mujeres que más quería en el mundo.

— Mamá! — gritó precipitándose en sus brazos...

Cuando se hubieron saludado con efusión, Mauricio preguntó con cierta extrañeza:

— Y Carlota... ¿dónde está?

— Carlota... Tu mujer me preocupa hondamente.

— ¡Mamá, por Dios! ¿qué estás diciendo?

— No deseaba hablarte de tan espínosa cuestión, pero las circunstancias son tales y ya tan arraigados mis convencimientos, que es fuerza que te ponga al corriente de mis sospechas por crueles que sean.

— Me das miedo...

Y su madre le fué exponiendo sus observaciones. Le contó sus inquietudes, sus suposiciones, las visitas que frecuentemente celebraba con Jeannetier...

— Este buen amigo es demasiado condescendiente con ella — decía. — Sin duda es su confidente... ¡por no decir su cómplice!

— Pero... ¡Pero, mamá, eso es enorme!

— Siempre andan cuchicheando... Me temo que se lleven entre manos algo que a Carlota le interesa ocultarte...

Mauricio quedó anonadado... ¡Cómo! ¿Carlota?...

Corrió como un loco hacia el salón, donde encontró a su esposa y al fiel amigo, que inmediatamente callaron no bien notaron su presencia.

— Estaba ofreciendo a Carlota un paseo en automóvil — dijo Federico con afectada indiferencia. — Como la sabía tan sola en este momento...

Carlota abrazó con pasión a su esposo... pero éste no correspondió arrobado como otras veces, y aquélla retiróse presa de la mayor agitación.

No bien estuvieron solos Federico y Mauricio, este último le hirió con una mirada indescriptible. Jeannetier comprendió que su amigo estaba al corriente de todo... y temió... temió por Carlota, por Mauricio mismo.

Como esperaba, Fériel exclamó sin ambages:

— Basta de engaños, Federico... No sé ciertamente lo que pasa en mi casa, pero barrunto que algo ocurre... ¡Necesito saber la verdad!

— Lo conceptúo muy justo si sospechas algo.

— No intentes desviar la cuestión, Federico; me harías perder la escasa serenidad que poseo en este instante.

— Tú eres quien debe explicarse... no te entiendo.

— Quiero saberlo todo! — gritó Mauricio no pudiéndose contener y agarrando a Federico por las solapas de su chaqueta. — ¿Lo has entendido bien?... ¡Todo!... Me han dicho que tú vienes frecuentemente a mi casa y cuchicheas con mi esposa... te entregan cartas...

— Mauricio! — exclamó Federico que recobróse prontamente. — Te prohíbo que insinúes ni la más leve sospecha sobre mi lealtad!...

— ¡Mi pobre amigo! — dijo Mauricio haciendo una mueca que quería ser una sonrisa... — Yo no sospecho de ti... perdona... Pero, juguete de la bondad de tu corazón, podrías haber aceptado el triste papel de intermediario... ¡Vamos, habla!... ¿Carlota tiene un amante?... ¡Pronto, contesta!

— ¡Cómo puedes suponer... cómo pretendes que yo, tu amigo más fiel...!

— Compréndeme... Poco me importa la pena personal... Iré al dolor moral como a la muerte... sin desfallecer... Pero dímelo todo... Eres mi amigo, mi hermano...

Jeannetier vaciló un instante... Después de todo, Mauricio tenía razón, tenía derecho a conocer la verdad. Además, seguir negando era insigne tontería; claramente se veía que alguien le había puesto al corriente de todo. Y este «alguien» quizá no le contaría los hechos desprendidos de toda saña... ¿No valía acaso más que fuera él quien le



— Quiero saberlo todo!... ¿Lo has entendido bien?... ¡Todo!

narrase lo acaecido de un modo que la culpabilidad de Carlota quedara lo más posible atenuada?...

Y empezó su triste relato, que Mauricio escuchaba inmóvil como una estatua...

— ...Y tu desventurada esposa — terminó — que a tiempo pudo hurtarse incólume al peligro... se ve ahora entre las mallas de un «chantage» antipático...

Mauricio cerró los ojos para mejor poder aguantar el acerbo dolor que experimentaba. Federico lo comprendió, levantóse de su butaca y, poniendo su mano sobre su hombro, continuó:

— Perseguido por un prestamista, el «chantagista» se ve envuelto en un proceso... y Carlota ha sido citada como testigo... Según parece, el individuo ese ha falsificado unas letras en su nombre.

Mauricio no pudo contener un grito gutural indescriptible. Sus ojos estaban inyectados de sangre, sus dientes chocaban entre sí como agitados por un frío glacial.

— ¡Ah, esto es demasiado... demasiado! — murmuraba.

— Ten la suficiente elevación de alma para...

— ¡Nunca!... ¿Lo has entendido bien?... ¡Nunca!... ¡Cómo! ¡Mi mujer... mi nombre arrastrado por los Tribunales en un asunto de «chantage»! Carlota es una veleta, una casquivana, una...

Federico le interrumpió con brusquedad.

— ¡Carlota es digna de ti y de ella misma;

debes, pues, respetarte a ti respetándola a ella!

— ¡Suelta!...

— ¿Qué vas a hacer!

— Déjame... ¡Eh! — gritó dirigiéndose a todas partes con el gesto, con la mirada, con la voz. — ¡Pronto!... Mis hijos... mi madre... mis criados... ¡Que vengan todos!

— ¡Mauricio! — exclamó Federico tratando en vano de contenerle.

— No... no hay disculpa... La mujer que aprecia el nombre de su esposo no se contenta con sólo conservar puro su cuerpo... ¡Quiero castigarla... avergonzarla ante todos!

Va habían entrado en la estancia Carlota, Marta y Riquita, la señora Férioul, los criados... Todos daban muestras de la mayor consternación... ¿Qué ocurría?... La madre de Mauricio daba muestras de la mayor inquietud, pero parecía sospechar de lo que se trataba... y sufría horrendamente viendo cómo lo hacía su hijo.

Carlota no podía sospechar de qué se trataba... Pero al cruzar su mirada ansiosa con la de su esposo, comprendió rápidamente y tuvo el ademán del condenado que espera sumiso la ejecución de la horrible sentencia.

Mauricio tenía los ojos fuera de sus órbitas, su mirada extraviada paseábase por todos los rostros con expresión de loco... Detuviéronse en los de su esposa... Vió pintado en ellos el más atroz

sufrimiento, el dolor mas acerbo. Pasó su mano sudorosa por su frente... Pareció vacilar... clavó la mirada ya serena en un punto indefinido del espacio y balbució trabajosamente:

— Os he reunido... para deciros...

Vaciló un instante...

— ...Que el pequeño Riquín — añadió — no estudia lo que debiera... Su falta de aplicación merece esta lección pública.

Riquín, espantado, prorrumpió en amargo llanto; Carlota le consoló... La abuela hizo un gesto de disgusto con la cabeza...

— Ahora, retírense — dijo Mauricio; — pueden retirarse... eso era todo...

Todos obedecieron, menos Carlota, que, apoyada en el respaldo de una silla, amenazaba desplomarse como un cadáver; menos la madre de Mauricio, que siguió a éste a su gabinete particular, a donde dirigíase el infeliz tambaleándose como un beodo.

Cuando Mauricio creyó estar solo, cayó sobre una silla y lloró convulsivamente... Estremeciase al contacto suave de la mano materna que habíase posado sobre su hombro... La miró... comprendió que hacíase cargo de todo su dolor, que había llegado a lo más hondo de su corazón... Le besó devotamente aquella mano que sus ardientes lágrimas humedecieron... y murmuró:

— Madre mía... Me ha faltado valor... La quiero, mamá... La quiero!... La idea del escándalo que

iba a caer sobre mi nombre me exasperó... Su conducta no merece tanto rigor... pero... ¡la quiero, la necesito tan perfecta!

— ¡Hijo mío...

Aquellos dos seres se abrazaron con ímpetu, mientras Mauricio murmuraba como un niño como el niño que tantas veces meciera la madre entre sus brazos:

— Abrazame, madre mía... muy estrecho... muy estrecho...



Uno de los edificios más hermosos de París es, sin duda alguna, su grandioso y espléndido Palacio de Justicia. Como todos los monumentos famosos que adornan la ciudad incomparable maravillando al mundo, une a la riqueza de su ornamentación la sobriedad de sus líneas, la enormidad de sus dimensiones imponentes. Diariamente se ven innumerables causas en las cuales sangran a lo vivo todas las humanas pasiones. Si no fuera por la duda terrible del momento del fallo, envidiaríamos sinceramente la suerte de los jueces. ¡Qué facilidad de burgar en los corazones, de ver, de vivir!...

Era el día señalado para celebrar la causa seguida contra Carlos Artanezzo. Herschem le había denunciado porque le había adelantado sobre el enorme brillante de Carlota sumas y más sumas hasta al-

canzar aproximadamente la cantidad que él pensaba dar para la posesión del diamante. Cuando llegó este instante, el judío concibió ciertos temores de que surgieran complicaciones al intentar negociar la valiosa joya cuyo origen no dejaba ciertamente de sospechar.

Artanezzo negóse rotundamente a cederle la joya... y tuvo la debilidad de mentar el nombre de la propietaria. No necesitó más el hábil prestamista para formarse una idea exacta de la situación. Formuló la conveniente denuncia, y hoy pretendía que los Tribunales le adjudicaran lo que a su vez le pertenecía ya.

Fué en vano que Artanezzo suplicara, exigiera, amenazara... El proceso entablado siguió su camino, y Carlos vióse finalmente sentado en el banquillo de los acusados.

Cuando le notificaron que se había apelado al testimonio de Carlota Férioul, Artanezzo tuvo instantes de desesperación.

— Es absolutamente indispensable que este testigo no sea llamado — dijo nerviosamente a su abogado defensor. — Estoy dispuesto a confesarlo todo, a decir, a declarar lo que quieran... Pero que se deje en paz a esta mujer!

— Haremos lo necesario — contestó lacónicamente el defensor, convencido interiormente de que nada había de conseguir.

Siguieron para el detenido días de horrible an-

gustia. Después de la última entrevista que celebró con ella... ¿Qué iba a pensar Carlota al verse requerida por una citación?

Por fin, la vigilia de la vista presentóse el abogado defensor. Carlos le interrogó afanosamente.

— ¿Y bien?

— Ha sido de todo punto imposible. El acusador Herschenn se mantiene firme en su petición de que el Tribunal escuche la declaración de este testigo.

— ¡Pero esto es indigno! — gritó Artanezzo. — ¿No he dicho que declararé lo que se quiera?... Que Herschenn mismo dicte lo que debo decir...

— No es esto. Se desprende de la actitud del acusador, que desea que la señora Férion se reconozca que le regaló a usted la sortija, a fin de que en virtud de los préstamos efectuados pueda entrar libre y decorosamente en posesión del diamante.

— Pero ese hombre está loco. Carlota no sentenciará nunca ella misma su propia condena... Negará, dirá que se lo han robado... ¡Y yo lo confirmaré!... ¡Oh, sí!... Corroboraré lo que ella diga!

— Tantee usted, haga un último esfuerzo — rogó finalmente al abogado.

— Lo intentaremos... Pero todo es inútil. Créame...

Por fin llegó el día de la vista.

La noche que medió entre su última conversación con su abogado y el día señalado fué para Artanezzo de insomnio y dolor.

— Todo ha sido inútil — declaró su abogado en cuanto acudió a visitarle. — Se tienen incluso noticias de que la señora Carlota Férion se encuentra ya en París desde esta mañana a las seis.

Carlos apretó convulsivamente su cabeza entre las manos, y, sentándose ante la mesa de su celda, estalló en amargo llanto.

••

En otra sala del Palacio tenía lugar pocas horas antes de la sesión una escena no menos interesante.

Jeannetier estaba hablando acaloradamente con el que había de presidir el Tribunal. Era éste un hombre de aire apacible, de mirada dulce y franca, antiguo compañero de colegio de Federico al que profesaba sincero afecto.

— Puedes estar tranquilo — decía a Jeannetier — pues el nombre de esta señora no será ni siquiera pronunciado. Así te lo prometo y así se hará. Yo mismo hablé con el acusador para que desistiera de hacer comparecer a este testigo, pero fué absolutamente inútil.

— Tú no sabes el trastorno que esta maldita citación ha producido a la esposa de mi entrañable amigo.

— Te agradezco la confianza de haberme relatado la triste historia de esta pobre amiga tuya. No dudes de que haré cuanto me sea posible en su favor.

— Sobre todo, no hagas la menor alusión desfavorable a ella... Sospecho mucho que su marido acuda también a la vista en calidad de espectador.

— Si quieres, mandaré celebrar la sesión a puerta cerrada.

— ¡Oh, no! Sería aún mayor el escándalo.

LA VISTA

En una pequeña Sala celebróse la vista seguida contra Carlos Artanezzo. Este ocupaba el banquillo de los acusados. Estaba pálido como un muerto, poco atento a lo que pasaba en su derredor. Atisbaba con frenesí la puertecilla por donde salían los testigos, por la que debía aparecer Carlota.

A pesar del carácter de intimidad que se había querido imprimir al acto, el sitio reservado al público estaba materialmente lleno a rebosar. Entre los observadores hallábase un hombre cuyo estado de nerviosidad a duras penas podía ocultar. Desde las ocho de la mañana estaba allí esperando... Era Mauricio Périoul. Se había instalado en un punto desde donde podía ver sin ser visto.

Quería a toda costa asistir al proceso que tanto le interesaba, pero en modo alguno quería, con su presencia, martirizar más y más a su desventurada esposa.

— Se desprende del sumario — decía el fiscal con voz gangosa — que el señor Herschenn adelantó sobre el anillo perteneciente a una señora que no se designa en el acta, la suma de 30,000 francos.

Si el acusado poseía la confianza de la señora propietaria de la sortija, el hecho delictivo no existe y dispuesto estoy a retirar la acusación. Pero si, por el contrario, el procesado Carlos Artanezzo obró sin su consentimiento, éste es culpable de robo y acreedor a las penas que marca la ley.

— ¿Tiene algo que objetar el acusado? — preguntó el presidente.

— ¡Sí! — gritó Artanezzo con vehemencia. ¡Declaro que mentí! ¡Que no conozco ni vi jamás a la propietaria del anillo!...

El abogado defensor, estupefacto, creía sinceramente que su patrocinado se había vuelto loco. Carlos seguía frenéticamente:

— ¡Soy un vulgar ladrón... un rata de Hotel, un falsario dispuesto a soportar la máxima pena!...

Cayó sobre el banquillo, anonadado, inundado de frío sudor. Mauricio desde su puesto observatorio comprendió que se hallaba ante un hombre de corazón.

— A pesar de las manifestaciones del acusado — intervino el abogado de Herschenn viendo que la presa se le escapaba — pido que comparezca a declarar la propietaria del anillo. Fácilmente puede deducirse de la honorabilidad de un hombre como

el señor Herschelm, que si no hubiera tenido la seguridad absoluta de que el anillo pertenecía por cesión o regalo efectivamente al señor Artanezzo, en modo alguno se hubiera atrevido a adelantar dinero sobre un objeto de dudosa procedencia.

— Que entre este testigo — dijo el presidente.

Artanezzo abrió sus ojos desmesuradamente. En el umbral de la diminuta puerta que daba acceso a los testigos, apareció Carlota. Vestía un abrigo de pieles cuyo cuello enorme cubría hasta su mento. Un sombrero gris, desbordaba un espeso velo que ocultaba casi por completo el resto de su rostro. Caminaba con dificultad, como tambaleándose...

Descubriose la cara y entonces apareció una máscara de mácar en la cual flameaban dos ojos hermosísimos orlados de un surco morado... El cansancio, la pena, habían marcado sus duras huellas... aquel rostro podía servir perfectamente a un pintor para humanizar una imagen de la Dolórea.

Mauricio cubrióse los ojos con la mano... Aquel espectáculo agitaba todo su ser... ¡Cuánto dolor!

— ¡Señor presidente! — gritó fuera de sí el acusado. — ¡Protesto con todas mis fuerzas!... ¿No me he confesado culpable?... ¿Por qué, pues, se molesta a esta dama inútilmente?

— La ley lo exige. El acusador ha solicitado el testimonio de esta señora — repuso indulgentemente el presidente.

Después, dirigiéndose a Carlota, le preguntó con dulce entonación:

— Señora: vamos a formular la pregunta concisamente a fin de que terminemos cuanto antes la molestia que nuestra citación haya podido causarla.

Carlota le miró reconocida, intentó sonreír... No pudo.

— Vamos a ver... El acusado Artanezzo, en posesión de un anillo que él mismo declara ser de pertenencia de usted — continuó el presidente con afecto — tomó sobre él algunos préstamos. Se trata pura y simplemente de saber si obró con su consentimiento o si por el contrario le había robado la joya o finalmente obrado contra su voluntad.

Al escuchar la palabra «robado», Carlota levantó la cabeza, abrió los ojos e hizo valientemente un signo negativo.

Mauricio no respiraba casi; en aquel momento su vida toda estaba pendiente de las palabras de su esposa. Artanezzo, con la cabeza entre las manos, parecía no pertenecer a este mundo. El público todo daba muestras de la mayor ansiedad y emoción... un insecto con el rumor de sus alas al volar, hubiera turbado el angustioso silencio.

— Valor, señora... un monosílabo tan sólo... Si dice usted «sí» se absuelve libremente al acusado... En caso contrario...

¡Terrible dilema! Ciertamente puede afirmarse del modo más rotundo que Carlota no amaba a

Artanezzo... Pero la escena última desarrollada en el jardín de su casa había vuelto a situar a Carlos no ya en su cariño, porque en el fondo no lo había querido nunca, sino en su estima...

Por otra parte, Mauricio sufría de un modo horrible. Por un lado hubiese querido que su esposa lo negase todo... pero por otro... cuánta abyección, cuánta cobardía hubiera denotado la mujer que amaba!

— Por favor, señora — insistió dulcemente el presidente — una sola palabra...

Carlota llevóse las manos al corazón y a la cabeza... dio un paso atrás y dijo casi imperceptiblemente:

— Sí... yo le autoricé.

— ¡Es falso... es falso! — gritó levantándose como movido por un resorte Carlos Artanezzo. — ¡Repito que yo robé esta sortija!... No puedo ni sospechar siquiera los motivos que impelen a la testigo a deponer de un modo tan absurdo!

Carlota pareció reponerse un tanto y volvió a hablar:

— ...y el demandante señor Herschenn puede reembolsarse sobre mi sortija del importe total de los préstamos.

Después cayó casi desvanecida en su silla. La acompañaron seguidamente los ujieres y retiróse de la sala...

Mauricio suspiró... estaba satisfecho interna-

mente... ¡Existe en el Universo un código de nobleza que sólo comprenden y conocen las almas nobles!... Sintió que si Carlota no se hubiera portado tan magnánimamente en aquel momento, él no habría podido quererla tanto.

— No debo cerrar la sesión — dijo intencionadamente el presidente dirigiéndose hacia donde estaba Mauricio a quien también conocía — sin poner de manifiesto la grandeza de espíritu de que acaba de dar muestra la declarante salvando al acusado.

Mauricio salió de la Sala. La cabeza le daba vueltas, el corazón saltaba en su pecho agitadamente... La figura de su esposa tan noble, tan sincera, tan leal, habíase agrandado y enaltecido... Sin embargo, la pena que laceraba su corazón no podía borrarse tan fácilmente.

El próximo tren que había de reconducirle a Magagnose salía dentro de una hora... aquel tiempo no hizo mella en el espíritu de aquel hombre... estuvo como loco... jamás se acordó de lo que pensó durante aquellos angustiosos momentos.

Cuando en el compartimiento del tren, llamado a la vida por las diligencias de tomar el billete, tomar asiento, etc., le hubieron despertado, entonces pudo coordinar ideas... pudo pensar.

¡Si hubiese estado solo en el mundo... la hubiera perdonado ciertamente sin vacilaciones, sin duda alguna!... Pero... ¿y la sociedad?... ¿y las murmuraciones?... Y su cerebro, en pugna con su corazón,

entablaba ruda lucha. El cariño, el amor, la consideración... estaban abiertamente en contra con lo que las conveniencias sociales, las frases hechas, la rutina, la educación recibida, le dictaban.

¿Y sus hijitos?... ¿Qué sería de ellos si se separaba de Carlota?...

Por otra parte, su madre... ¿se averdía nunca a perdonar?...

En tales y parecidas cavilaciones empleó el tiempo que puso el tren en recorrer la distancia que se para París de Magagnose.

En la pequeña estación de su pueblecito le esperaba el lujoso automóvil que como el viento condujole hasta su casa... Eran las seis de la tarde. El paisaje amarantado por el crepúsculo grandioso, tomaba un tinte de tristeza, de añoranza arrobadoras... Mauricio se sentía algo más aliviado... Llegó a la conclusión de que él debía perdonar, pero para llevarlo a la práctica necesitaba la aquiescencia de su madre, y ésta era la que había de conseguir.

Precisamente aquélla encontrábase como de costumbre en su banco habitual bajo el tilo familiar. La escasez de luz siempre más pálida, interrumpía su lectura.

Así disponíase a reintegrarse al edificio cuando vió ante sí al hijo querido.

— ¡Mauricio! — le gritó estrechándole frenética-

mente entre sus brazos. — Has sufrido mucho ¿verdad?...

— Sí, mamá... mucho — repuso Mauricio velada la voz por las lágrimas, que pugnaban por asomar a sus ojos.

— Y bien... ¿qué ha pasado?

— ¡Carlota se ha portado como una mujer sublime!

La madre hizo un gesto de disgusto...

— Y... ¿qué piensas hacer ahora, hijo mío?

— ... Carlota es buena... ¿Debo asociarme al escándalo de la sociedad que nos rodea?

— No basta ser bueno, hijo mío... Es menester aparentarlo...

— ¡Pero si lo es y lo aparenta ante mí!... ¿Y qué me importan los demás?... Nunca podré perdonarme el haber condenado casi inocentemente a la mujer que quiero, para dar satisfacción al odioso qué dirán. Si la hubieses visto en el Tribunal... Tenían sus ojos una expresión de dolor tan acerbo... que yo mismo sentí compasión.

— Hijo mío...

— Después de todo, yo tuve la culpa... No supe rodearla de toda la afección que necesitaba... La dejé expuesta a todas las ráfagas de la vida...

La venerable anciana no pudo pronunciar más palabras... las lágrimas se agolpaban en su garganta...

¿Se trataba de velar por los rígidos principios prejuzgados por la costumbre, o de la felicidad del hijo adorado?

Mauricio, casi llorando, exclamaba:



— Sigue los dictados de tu noble corazón, hijo mío... yo sabré secundarte...

— ¡Perdóname, mamá!

¿Qué había de hacer la madre amantísima?

¿De qué valían sus opiniones, su manera de comprender la vida, si su hijo allí estaba llorando a sus pies, solicitando su venia para obtener la felici-

dad?... Y asintió con la cabeza... pero su hijo no la veía, oculto el rostro en su regazo... Así, con voz queda, murmuró:

— Sigue los dictados de tu noble corazón, hijo mío... Yo sabré secundarte...

EL ESCÁNDALO

Pero el escándalo había estallado. Los enemigos políticos de Mauricio fácilmente habían podido descubrir el secreto de la familia Férioul. En París habíanse informado del proceso de Artanczzo, de sus relaciones con la esposa de su enemigo... ¡Espanta ver cómo siempre los enemigos tienen medio de informarse de lo que más nos duele, de nuestro punto vulnerable!

Y empezaron gozosos su vergonzosa campaña, interesada, tendenciosa, exagerada, para derrotar a Mauricio a cualquier precio.

En un principio apareció tímida, con cierto re-

cato, la acusación vergonzosa... Algunas alusiones, ciertas caricaturas... ¡Pero los electores no se daban por entendidos!... La elección de Mauricio Férioul cada día quedaba más afianzada.

Pero un día, todo Magagnose se conmovió. *La Voz del Pueblo* apareció lanzando al público la acusación descarada y procaz, directa, inequívoca, sangrienta:

«Ignoramos por qué se nos presenta al candidato Mauricio Férioul como el genuino representante de la probidad y pureza de costumbres.

El escándalo promovido por su esposa es de todos sobradamente conocido.»

Así encabezaba el villano artículo cuya continuación era una minuciosa relación del gran secreto de Carlota. Su caída, su proceso... y siempre en toda ocasión, los nombres exactos, sin veños, sin excusa...

Mauricio no había leído aún *La Voz del Pueblo*; acababa de desayunar después de una horrible noche de insomnio y dolor... Pero estaba algo más aliviado.

Había formado el decidido propósito de no decir ni una palabra a Carlota, de fingir la mayor ignorancia... y ello le producía cierta melancólica satisfacción.

— Señorito — anunció el criado que entró en el comedor respetuosamente. — El señor Brochard espera en el salón.

¿Cómo, Brochard, el comisario del Comité electoral que sostenía a Mauricio, a aquella hora?

Corrió hacia el salón. Llegó a toda prisa con la mano tendida y el rostro risueño... pero de pronto palideció intensamente.

Brochard se había levantado rigidamente, rehusando del modo más manifiesto el estrechar la mano que ingenua se le ofrecía.

— ¿Qué hay? — preguntó secamente y admiradísimo Mauricio.

— Es frecuente que todo el mundo sepa antes que el interesado lo que a su propia persona atañe...

— Si no habla usted más claro...

Por toda respuesta, Brochard extrajo de su bolsillo un diario.

Era *La Voz del Pueblo*. Señalado con lápiz rojo estaba el artículo mordaz y rastrero. Se lo alargó a Férioul, que atónito lo tomó en sus manos y leyó ávidamente, no sin antes lanzar una mirada de extrañeza a su interlocutor.

A medida que iba leyendo, su rostro iba cambiando de expresión... bien claramente se veía el efecto desastroso que le producía aquel baboso producto de la envidia y de la infamia... Llevóse, cuando hubo

terminado el suplicio de la lectura, la mano a la cabeza, se irguió tras de un esfuerzo titánico, trató de dar a su rostro la expresión de la mayor naturalidad y preguntó con voz que a duras penas podía mantener segura:

— ¿V bien?

— ¡V me lo pregunta! — exclamó Brochard. — Está usted claramente designado... Su nombre vilipendiado... su honra enlodada por manos interesadas... Urge una protesta... ¡Desmienta!

— Desmentir...

— Pues claro... Desmienta o domine la situación con un acto digno... De no hacerlo así — agregó el comisario viendo las vacilaciones de Mauricio — nuestro Comité no puede seguir sosteniendo su candidatura.

— ¡Pero esto es horrible... no acierto a encontrar un medio hábil de defensa!

— Sin embargo, es bien sencillo... Supongo que no vacilará entre su vida pública y su vida privada...

— Explíquese — dijo Mauricio con nerviosidad.

— Una legítima separación... el divorcio... calmaría la opinión pública... Sería un acto favorable incluso a su elección...

Férioul guardó silencio. Brochard creyó que aquel mutismo era prueba de su aquiescencia y agregó disponiéndose a retirarse.

— Así pues, si usted me lo permite... corro a anunciarlo así. ¡Aun llegaré a tiempo para que aparezca la noticia en nuestra edición de la tarde!

Mauricio le agarró del brazo:

— ¡Cómo!... ¿Deshonrar yo mismo a mi mujer, a la madre de mis hijos, para salvar mi candidatura?... ¡Señor mío, mi vida política termina aquí!

— ¡Qué está usted diciendo!

— No puedo hacer lo que usted me aconseja.

— ¡Oh... nunca hubiera imaginado esta actitud de un hombre tan severo como usted!

— Es que puedo ser severo con los demás... pero no conmigo mismo!

— Me veo en la dolorosa precisión de repetirle que si no se divorcia usted o no desmiente del modo más categórico esta información, nuestro Comité borraré de sus columnas su candidatura.

— Puede usted hacerlo... Es más, le ruego que lo haga...

Y tras estas palabras, pronunciadas con la mayor entereza, dirigióse hacia un timbre de pared que oprimió con energía. Un instante después presentábase el criado... Brochard, que muy de veras apreciaba a Mauricio, le miró, le estudió un instante... Comprendió que todo era inútil, saludó aparatosamente y salió.

Mauricio dió algunos pasos por la estancia como un demente; los ojos parecían quererle salir de las órbitas... Después cayó sobre un pequeño diván... No pudo contenerse más... púsose a llorar como un niño.

.....

EL REGRESO

Cuando Carlota salió del Palacio de Justicia, más parecía un cadáver que un ser humano dotado de vida. Jeannetier la acompañaba solícito, paternalmente. Con pena, la desventurada subió al automóvil que les esperaba y fueron sus primeras palabras:

— ¡Llegaremos a tiempo para tomar el primer tren!

— ¡Ah, no se figure usted salir en este estado para Magagnose!... Necesita usted descanso, reposo... ¡Piense un poco en usted!

Carlota protestó con la cabeza... No tenía fuerzas para discutir, para resistirse... ¡Quebrantan tanto los dolores del espíritu!

Pero al día siguiente, ya algo más recobrada, exigió salir en el primer tren. Tenía necesidad de regresar a su casa, de estar tranquila, de dormir... de descansar.

Inútil decir que pasó la noche en vela... Jeannetier abrigaba serios temores de que la sobreviviera algún doloroso contratiempo. Pero fué inútil que insistiera para que se quedase por lo menos un día más en París.

— ¿No comprende que sufro más por inquietud que por cansancio?

Durante el viaje no medió entre ellos la menor palabra. Carlota estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos. Federico, que sabía a Mauricio al corriente de todo, trataba de buscar el modo de desarrollar los acontecimientos en forma de que su pobre amiga no tuviese que sufrir por mucho más tiempo y quizá aún más intensamente.

Llegaron al atardecer a Magagnose. Al salir de la estación y subir al automóvil de Jeannetier, notó éste que todo el mundo les miraba y cuchicheaba entre sí, y un vago temor le invadió... ¡A lo mejor aquellos necios... sabe Dios lo que se imaginaban de él...

En la villa de Férioul reinaba, como siempre, el mayor silencio, la placidez más suave. Mauricio y su madre estaban sentados en el banco familiar de la anciana... no pronunciaban la menor palabra. Marta y Riquín jugueteaban en torno a ellos sin

observar la honda preocupación que embargaba a su padre.

De pronto, Mauricio clavó los ojos en el fondo del parque y se levantó.

Jeannetier se acercaba a él rápidamente y encontróse con su amigo a cierta distancia del punto en que hallábase la señora Férioul.

— ¿Y Carlota? — preguntó Mauricio afanosamente.

— Valor... ya está aquí... Muerta de miedo, temblando de ansiedad... ¡Lo que ha sufrido estos días no se le hubiera ocurrido sentenciarlo al más perverso inquisidor para castigar el más espantoso crimen!

— Lo sé.

— No, tú no puedes saberlo... ¡Si hubieras presenciado la escena del Tribunal!

— ¡Yo estaba allí!

— ¡Cómo!... ¿Tú?

— Sí... ¡Quise ver con mis propios ojos, oír con mis propios oídos, juzgar con mi propia conciencia!

— En tal caso, si tuviste la suficiente fuerza de voluntad para situarte en un plano algo más elevado de aquel en que vive el hombre generalmente, habrás comprendido que Carlota es una de las almas más nobles del mundo.

— No hablemos de eso, amigo mío... Tu in-

tención es sana al hacerme estas reflexiones... pero...

— ¿Perdonarás?

— No sé... déjame... Necesito verla... ¡Haré, como siempre, lo que me dicte mi conciencia!

Y se alejó rápidamente, encaminándose al edificio. Había casi ya cerrado la noche; reinaba la semipenumbra del día que agoniza, esta hora solemne en que parece que el espíritu se volatiliza...

Carlota estaba sentada en el canapé del gran salón... Maquinalmente se había quitado el sombrero y el abrigo de pieles, que yacía desordenadamente a su lado... Parecía la estatua del dolor... Mauricio la contempló largo rato desde el umbral de la puerta, que no se atrevía a franquear temeroso de sí mismo... Un impulso recóndito de su corazón, le inducía a correr hacia aquella pobre mártir que tanto quiso... ¡que tanto quería!... Y cubrirla de besos... estrujarla en amoroso abrazo... Pero venía la voz de los prejuicios humanos, casi siempre en contradicción con el sentimiento... y entonces sentía deseos de retroceder espantado por las lúgubres ideas que le asaltaban... Carlota permanecía inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, que no miraban nada...

Por fin Mauricio, haciendo un sobrehumano esfuerzo, se adelantó, tratando de aparentar la mayor indiferencia.



— Mauricio... Mauricio... tu mirada!... ¡Lo sabes todo!

— Carlota... ¿Ya has llegado?... ¿Cómo sigue mamá... la has dejado mejorada?

La mujer se estremeció como si despertara bruscamente de un sueño... Le miró de un modo angustioso, trató de escudriñar el pensamiento del hombre amado.

— ¡Oh, no era nada! — repuso débilmente. — Tenía sin duda deseos de estar unas horas a mi lado... ¡Hacía tanto tiempo que no nos veíamos!

Pero le repugnaba mentir de aquel modo... Mauricio trataba de disimular... pero sus ojos le delataban sin duda; algo extraño revelaban sus pupilas, por cuanto Carlota le miraba cada vez más fijamente y a su vez abría de más en más sus ojos con espanto.....

Entretanto en el jardín, Marta y Riquín saltaban alegremente sobre las rodillas del buen Jeannetier, que era su gran amigo preferido. Después de su padre, Federico era quien más les hacía jugar y divertir...

La señora Féroul escudriñó al viejo amigo con la mirada, pero Jeannetier nada dejó traslucir.

— Me encontré con Carlota en el tren — dijo con displicencia.

— ¿Ah... sí?



—Sí, todo... Yo estuve en el Tribunal.

—Fue una verdadera casualidad...

—¡Mamá ha llegado! — palmoteó Riquín loco de júbilo.

—¡Oh... corramos a verla!... ¡Los juguetes que nos habrá traído de París! — añadió entusiasmada su hermanita.

Y los dos niños echaron a correr alborozados hacia la casa.

El angustioso silencio, la conversación trivial habíase descartado entre los esposos. Carlota tomó a Mauricio por los brazos, y escrutando su mirada harto elocuente exclamó dando un paso atrás, loca de espanto y desfallecimiento:

—¡Mauricio... Mauricio... tu mirada!... ¡Lo sabes todo!

Entonces fue él quien acercándose a ella y tomándole la cabeza entre las manos, quemándola con su aliento, le dijo con vehemencia:

—Sí, todo... Yo estuve en el Tribunal.

Carlota pareció perder los sentidos, apoyóse contra el muro, estaba exhausta... sus labios temblaban ligeramente, amarillos y secos como un pergamino...

—No puedo más... — murmuró. — Sufrir como lo he hecho para llegar a este resultado... ¡Oh, no!... ¡Remátame... Mauricio, líbrame de esta vida odiosa... mátame, por Dios te lo ruego!

Y cayó desfallecida de rodillas a los pies de

su esposo, que corrió hacia ella solícitamente:

— Carlota... escucha... es preciso que me escuches... ¡Oh, basta de humillaciones, mujer querida!... ¡Levanta la cabeza!... ¡Si la sociedad te condena por las apariencias, yo sé apreciar el mérito de haberte sabido conservar digna de mí!...

La condujo al canapé... Carlota respiraba afanosamente, no tenía casi fuerzas ni para escuchar... Los nervios la abandonaban... Estaba exhausta.

— Carlota — la susurraba él al oído con vehemencia... casi con pasión. — Aquí... en nuestro amado pueblecito... siempre a tu lado... ¡Seremos tan felices! ¡El escándalo se estrellará contra la puerta de nuestra casa!

Pero Carlota ya no podía oírle... Al arrullo de las palabras benévolas, el cansancio... dos noches de insomnio... de ansiedad horrible... La mártir de la murmuración quedó dormida profundamente.

Mauricio la contempló con inmenso cariño... En aquel instante entraron en el salón Marta y Riquín corriendo alegremente... Pero un gesto de su padre contuvo su bullicioso alborozo... Con un dedo en los labios les dijo quedamente:

— ...Silencio... silencio... mamá duerme... dejadla descansar...

Y los niños con sigilo se retiraron... Y quedó Mauricio contemplando a la durmiente... Había anochecido por completo... Del parque ascendían



—Silencio... silencio... mamá duerme... dejadla descansar. Acercóse a su esposa... tomó el abrigo de pieles, lo tendió sobre su cuerpo...

dulces cantos... La luna echaba un manto de plata sobre las pulcras avenidas... Mauricio cerró las ventanas... Acercóse a su esposa... tomó el abrigo de pieles, lo tendió sobre su cuerpo... y salió lenta y quedamente de la estancia...

Una... dos... tres lágrimas arrancadas de su alma noble surcaron sus mejillas...

Era el llanto del sublimar perdón...

Revisión



Títulos de los libros publicados:

Ferragus (Los trece)

(Misterio de un amor)

El pago que dan los hijos

(Sentimental novela)

Bajo las garras del oro

(Sugestiva novela moral)

El Escándalo

(Según la célebre obra que hizo inmortal a Henri Bataille)

Precio de cada libro: UNA PESETA

FORME USTED
LA BIBLIOTECA

COLECCION DE OBRAS MAESTRAS

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

y tendrá en casa los argumentos novelescos de obras de nuestros inmortales, llevados a la pantalla.

Para la
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

*preparamos para en breve,
las grandiosas producciones
de esta temporada: —*

LA INHUMANA

(novela altamente interesante)

**LA BARRACA DE
LOS MONSTRUOS**

(la producción tan esperada en España)

*Retenga bien estos títulos y no olvide
su precio popular de —*

Una peseta.

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

es la simpática publicación cine-
matográfica aprobada unánime-
mente, por las selectas novelitas
que ofrece para todos los gustos.

**SALE EN TODA ESPAÑA
LOS MIÉRCOLES**

PRECIOS

NUMEROS CORRIENTES

Novela y postal: 25 céntimos

NUMEROS EXTRAORDINARIOS

Novela y postal: 50 céntimos

DE VENTA EN TODAS PARTES

UN GRANDIOSO ÉXITO

ESTÁN OBTENIENDO LOS LIBROS

Los hijos de nadie.
El triunfo de la mujer.
El prisionero de Zenda.
El joven Medardus.
Los enemigos de la mujer.
Una mujer de París.

DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EN PRÉNSA:

EL CORSARIO

;; (Deliciosa historia romántica
de intensa emoción dramática.)

Precio de cada libro: UNA PESETA

EN BREVE

aparecerán los siguientes libros de la

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL CORSARIO

Preciosa historia romántica, interpretada por el gran actor

AMLETO NOVELLI

PARA TODA LA VIDA

Sugestiva novela sentimental, según el argumento escrito expresamente para la cinematografía, por el insigne dramaturgo

JACINTO BENAVENTE

NO LO OLVI-
DE USTED

PRECIO:
UNA PESETA

REVISADO POR LA
CENSURA MILITAR



